

CAPÍTULO GENERAL DE LAS CLARETIANAS

Ex 1,8-14.22 – Mt 10,34-11,1

Queridas hermanas:

Nos reunimos en torno al altar pocas horas antes de que comencéis oficialmente el Capítulo General. Lo hacemos con la celebración de la Eucaristía, que nos pone a la escucha de la Palabra de Dios y nos permite unir la entrega de nuestra vida al sacrificio de Cristo por la salvación de los hombres. Es la ocasión también para darle gracias por la vocación recibida, por el carisma compartido con la M. París y S.A.M.C., por la fraternidad que nos une y por la confianza que Él ha puesto en nosotros para prolongar su misión salvífica en el mundo. Y, como sabemos que todo don procede de Él, le invocamos para que no os falte la luz de su Espíritu que os permita tomar las decisiones más oportunas para el bien de la Congregación y de la Iglesia.

Acabamos de escuchar la Palabra de Dios y vamos a intentar descubrir qué nos dice, a qué nos invita.

1. Sorprende que ya el mismo Jesús, como nosotros en nuestro tiempo, haciendo el bien a todos, confortando a los que sufren, curando enfermedades, revelando un Dios que es Padre que nos ama y nos ofrece una esperanza, provoque odio, y violencia hasta la muerte. Nosotros, aun con nuestros pecados, hemos entregado la vida a Cristo en el servicio a los hermanos, somos personas de paz, personas de bien. Todo debería ser maravilloso. Y sin embargo profesar la fe, vivir la consagración es fuente de división, de enfrentamientos y hasta de persecución y muerte.

Si buscamos una respuesta, creo que la podemos encontrar en la primera lectura: el malo, el que persigue sus intereses o busca el poder a costa de los demás, se siente amenazado y no quiere que nada ni nadie ponga en peligro su estatus o sus estrategias. Siempre ha habido mártires de la fe en la historia de la Iglesia y nuestro tiempo los tiene abundantes: en los países árabes, en el desprecio y marginación social que tantos a causa de la fe deben soportar.

Pero nos tenemos que sentir nosotros mismos interpelados porque en realidad la división la sufrimos también en nuestras comunidades, donde no faltan tensiones y dificultades de convivencia por egoísmos, afán de protagonismo, intolerancia o por falta de comprensión y de perdón. También experimentamos la división en nuestro interior, porque aparentemente, y con sinceridad, hemos dado nuestra vida a Cristo, y decimos que nuestro corazón le pertenece, que es suyo, pero en realidad nos reservamos buena parte de él para nosotros, o acomodamos las exigencias de Jesús a nuestros intereses o a nuestros gustos. No tiene Él la primacía en nuestra vida, hay muchas cosas, afectos, transgresiones, comportamientos, incoherencias, que limitan nuestra entrega al Señor, nos crean malestar interior y nos suponen renunciaciones, luchas, un esfuerzo constante. También puede ocurrir simplemente que nos hemos acostumbrado a ser cristianos, a ser religiosos: nos hemos hecho un estilo de vida, que es ciertamente exigente, pero que está ya asumido y no interpela: no nos sentimos urgidos a convertirnos y a buscar constantemente la perfección de la caridad, y no interpela a los demás, porque no logramos contagiarlos de la verdad y de la alegría de hijos de Dios.

Cuando Jesús nos invita a cargar con nuestra cruz de cada día no hemos de pensar en sufrimientos y persecuciones, cárceles y martirio, sino en llevar un estilo de vida que nos permite estar atentos constantemente a la voluntad de Dios y a entregar la vida con libertad y sin concesiones al servicio de los hermanos. Nos cuesta “perder la vida en este mundo” porque no acabamos de creer, ni vivir en la esperanza de la vida eterna.

2. Estar abiertos a escuchar la voz del Señor, secundar las inspiraciones del Espíritu en cada momento y tener los ojos abiertos a la situación real en que vivimos y el corazón sensible ante las necesidades materiales y espirituales de las personas son los dos pilares fundamentales de nuestra vida personal como misioneros. Y lo deben ser particularmente en la celebración del Capítulo General.

El Capítulo es un acto de gobierno. Es la autoridad suprema del Instituto y tiene unas competencias muy bien definidas según el CIC (c. 631). Pero en cierto sentido podríamos decir que el Capítulo es como una “refundación del Instituto”: vais a poner os a la escucha del Señor para conocer su voluntad y para hacer que la Congregación sea más conforme a lo que Él quiere aquí y ahora. El mismo Espíritu que inspiró a la M. París es el que os guiará en estos días, e iluminadas por su luz, veáis cómo actualizar y enriquecer el patrimonio carismático que habéis recibido y cómo lo tenéis que concretar en la misión a que habéis sido llamadas.

Nuestra vocación misionera debe estar centrada en Cristo por la conversión, y en el ser humano por la misión. Supone mucho discernimiento para actuar desde la inspiración fundacional, la que tuvo la M. París y el P. Claret, y en referencia a las circunstancias concretas del mundo de hoy.

El Evangelio que hemos escuchado es también hoy una provocación para vosotras en estos momentos capitulares. Cada una de vosotras se debe sentir interpelada y preguntarse: ¿realmente es Cristo el que ocupa mi corazón, es el centro de mis intereses y preocupaciones?, ¿cuáles son mis motivaciones y mis prioridades personales al venir al Capítulo?, ¿cómo afecta a mi corazón misionero la realidad del mundo, de las personas que están a mi cuidado? Es necesario que cada una revise en su interior sus sentimientos, sus expectativas, que se sitúe ante el Señor con humildad y con apertura de espíritu. En el Capítulo no vais a tener que tomar decisiones desde las propias ideas, ni podéis presentar bellas teorías si no están sustentadas en el amor a Cristo y a los hermanos, ni debéis proponer caminos que no estéis dispuestas a recorrer, y se van a quedar en buenos deseos.

Teniendo los mismos sentimientos, la pasión por Dios y la pasión por el hombre, no se puede aplicar a vuestra comunidad capitular la división de la que ha hablado Jesús en el Evangelio de hoy: aparecerán diferencias pero que no surgen por intereses egoístas, sino por el deseo de descubrir la voluntad de Dios y cumplirla. Las diferencias que puedan surgir son fruto de la pobreza de nuestra naturaleza, de la limitación de la visión, de las experiencias personales y apostólicas, pero son al mismo tiempo una gran riqueza, un don de Dios, porque amplían horizontes y os ayudarán a calibrar mejor lo que el Señor espera de vosotras.

El Señor os dé la gracia de vivir con amor y alegría vuestra vocación, de poderla compartir con las demás y de abrir juntas nuevos caminos para hacer presente al Señor en nuestro mundo.

Roma, 17 julio 2017

